

Título: “Reflexividad científica y locus de enunciación: meditaciones desde una experiencia de trabajo de campo.”

Autora: Mag. Ma. Gisela Hadad

Pertenencia Institucional: Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG), Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Miembro del GER-GEMSAL (IIGG).

Correo electrónico: giselahadad@hotmail.com

“Lejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista el que crea el objeto.”

(Saussure, 1986: 16)

INTRODUCCIÓN

La investigación en ciencias sociales es un campo disciplinario particular dentro de las ciencias, donde el sujeto cognoscente, en muchos casos, debe generar un vínculo personal con el objeto de estudio, el cual probablemente, de una o varias maneras, ejerza una cierta influencia en los resultados de la investigación. A diferencia de lo que ocurre en las ciencias naturales o exactas, los *hechos sociales* que son objeto de investigación – construidos como tales a partir de la objetivación de determinados fenómenos – plantean la “dificultad” de estar encarnados por seres humanos. Así, la propia naturaleza de la investigación determina que deba existir una cierta interacción entre el investigador y el “investigado”, cuyas condiciones de posibilidad y consecuencias es necesario problematizar. Como ocurre en toda relación humana, el vínculo entre el científico social y el objeto de estudio está atravesado por relaciones de poder, que es necesario cuestionar a fin de visibilizar las características del proceso de construcción de conocimiento en su totalidad.

La labor de reflexión acerca de la práctica de investigación resulta un imperativo desde el momento en que se constata la influencia que el investigador ejerce sobre su objeto de estudio, y también, desde que las ciencias se han permitido pensar acerca de cómo el investigador es influenciado por el objeto. El reconocimiento de la presencia de la subjetividad en el quehacer científico ha abierto la posibilidad de reflexionar aspectos tales como la corporalidad del investigador, sus emociones y el lugar que ocupa en el entramado de

relaciones sociales y políticas de las que forma parte, evidenciándose que todo esto, en forma más o menos visible según el caso, está presente en la investigación.

A mi entender las ciencias sociales se benefician de los procesos de reflexividad que lleva a cabo el investigador debido a que estos evidencian la mutua influencia entre objeto y sujeto cognoscente; influencia que puede estar más o menos visible, pero que siempre existe y tiene consecuencias para la investigación. Arrojar luz sobre esta situación otorga herramientas para esclarecer y entender mejor el proceso de generación de conocimiento, y esto redundará en un beneficio para los resultados finales que se busca obtener. Como señala Bourdieu, “Nada es más falso (..) que la máxima casi universalmente aceptada en las ciencias sociales de que el investigador no debe poner nada de sí mismo en su investigación.” (2003: 7). Este sinceramiento, esta posibilidad de posar la mirada sobre sí mismo y deconstruir el lugar de sujeto cognoscente es valioso porque puede también evidenciar las relaciones de poder que atraviesan las sociedades y sus miembros, siendo la ciencia, por su capacidad legitimadora de procesos sociales, un aspecto fundamental de estas.

De este modo, me propongo realizar aquí una pequeña reflexión acerca de mi práctica de investigación llevada a cabo en el marco de mi tesis doctoral. El objetivo de esta es analizar el proceso de construcción identitaria del Movimiento Indígena Mapuche a partir del desarrollo conceptual de las Teorías sobre los Movimientos Sociales¹, partiendo de los interrogantes que surgen en torno a tres dimensiones de análisis: la dinámica campesino-indígena, como dimensiones de la identidad que problematizan la condición étnica de los sujetos; la dicotomía urbano-rural, como eje de tensión en tanto la ubicación territorial implica un condicionamiento en la definición identitaria; y las articulaciones intergeneracionales internas, donde se constata la diversidad en los modos de plantear la acción política y el discurso que se evidencia a partir del clivaje etario. Partiendo de estas dimensiones me propongo ahondar en el proceso de formación de la identidad colectiva como

¹ Mi tesis doctoral toma como marco de interpretación la perspectiva de la escuela de los “Nuevos Movimientos Sociales”, representada fundamentalmente por Alberto Melucci, Alain, Touraine, Alessandro Pizzorno y Marisa Revilla Blanco, entre otros. En menor medida tomo nociones y líneas argumentales pertenecientes a otras perspectivas analíticas sobre movimientos sociales, tales como el enfoque de la “estructura de oportunidades políticas”, enfoque de la “movilización de recursos” y enfoque del “análisis de marcos”. Para una síntesis general de estas perspectivas puede consultarse: Ibarra, Pedro y Tejerina, Benjamín (Eds.) *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Ed. Trotta; Laraña, Enrique y Gusfield, Joseph (Eds.) *Los nuevos movimientos sociales: de la Ideología a la Identidad*. Madrid: CIS y McAdam, Doug, McCarthy, John y Zald, Mayer (Eds.) *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*. Madrid: Ed. Itsmo, entre otras obras.

condición de posibilidad de la acción política del movimiento. Para este fin he llevado a cabo tres viajes a la zona de estudio previamente definida – la región andina comprendida en un territorio demarcado por la ciudad de Villa La Angostura y sus alrededores, al norte, y la ciudad de El Bolsón y sus alrededores, al sur – en el período comprendido entre 2007 y 2010.

Así, el propósito de este trabajo es centrarme en algunas vivencias de este trabajo de investigación para reflexionar en torno a ciertas problemáticas que hacen a la trastienda de la misma, como ser los avatares del trabajo de campo, la influencia de la subjetividad del investigador en el proceso investigativo y el lugar – geopolítico, académico, etc. – desde donde se enuncia el conocimiento, teniendo siempre como horizonte la *reflexividad* como práctica deseada y necesaria de la investigación social.

DE CÓMO ABORDAR SOCIOLÓGICAMENTE UN OBJETO “PATRIMONIO” DE LA ANTROPOLOGÍA.

Como señalan Boivin, et al. (2004) y Guber (2001) la antropología se constituyó como ciencia a fines del siglo XIX, a partir de la puesta en práctica de dos operaciones imperiosas al momento de determinar el estatus científico de un corpus teórico-metodológico: delimitar su objeto de estudio y establecer su/s método/s para abordarlo². A tales fines, en un principio la disciplina antropológica se consagró al análisis de “...las sociedades primitivas, no complejas, no desarrolladas, sin historia y sin Estado...” (Boivin, et al., 2004: 9), en contraposición a la sociología y la historia que se abocaron a la investigación de las sociedades antitéticas a estas: las desarrolladas y complejas del mundo occidental. Paralelamente la antropología estableció como método privilegiado de recolección de datos a la etnografía – siendo la observación participante y las entrevistas no dirigidas sus principales herramientas (Guber, 2001) – aspecto que durante décadas fue un elemento de distinción con respecto a otras ramas de las ciencias sociales.

Esta diferenciación fundante fue modificándose con el paso de los años a partir de los procesos sociales y políticos que fueron configurando un nuevo escenario mundial: el fin del período colonial y los procesos de liberación nacional (Guber, 2001), por un lado, y la creciente occidentalización de los otrora “pueblos primitivos” (Boivin, et al., 2004), por el otro. De este modo se comienza a cuestionar la tajante división que existía hasta ese momento, mediados del siglo pasado, con respecto a los sujetos susceptibles de ser

2 Omito intencionalmente la mención de las distintas perspectivas teóricas que acompañan esta y las subsiguientes etapas de la historia de la antropología – evolucionismo, funcionalismo, estructuralismo, particularismo histórico, marxismo, etc. – dado que no son centrales para desarrollar mi argumento.

objetivados por la antropología y/o por la sociología. También la etnografía y el trabajo de campo – entendido este en su acepción clásica de proceso de recolección de datos en un territorio distante al del origen del investigador, con largos períodos de permanencia, entre otras características – dejaron de ser patrimonio casi exclusivo de la disciplina antropológica, generándose las condiciones de posibilidad para la posterior autorreflexión y crítica acerca de estos aspectos que la antropología llevó a cabo en los años subsiguientes. Así comienzan a aparecer planteos que denotan las dificultades para determinar la validez de los estudios antropológicos en situaciones donde el “campo” se definía como una parte de la propia sociedad occidental a la que pertenecía el antropólogo, o cuando las estadías no eran prolongadas e ininterrumpidas, sino basadas, por ejemplo, en múltiples encuentros con los informantes clave, tal como lo plantea Clifford (1999) en su trabajo. Los debates acerca de la validez de este tipo de acercamientos y de definición del objeto de análisis aun no están plenamente zanjados, configurándose a su vez nuevos interrogantes al incorporarse a la investigación ciertos temas y problemáticas novedosos, como por ejemplo, el estudio de grupos cuya socialización se lleva a cabo exclusivamente por internet.

Del mismo modo que los textos mencionados señalan estas paradojas desde la visión antropológica, en mi experiencia como socióloga abocada al estudio de ciertas problemáticas relacionadas con los pueblos indígenas he experimentado similares situaciones de desatino. Una de ellas, la primera de una serie de varias en los últimos años, marcó profundamente mis derroteros académicos posteriores e influyó en algunas decisiones importantes que he tenido que hacer al respecto. Me refiero al cuestionamiento que se me hizo en los inicios de mi investigación doctoral, proveniente de una reconocida antropóloga³, respecto del modo en que debía llevar adelante mi abordaje de la problemática mapuche, teniendo en cuenta la “deficiencia” que implicaba mi formación inicial como socióloga. La sugerencia, que tomó forma de imperativo, fue que para poder dar cuenta de una problemática indígena – tan *cara* a la antropología – debía conocer y utilizar indefectiblemente los aportes de la misma, formándome – es decir, cursando seminarios – sobre todo en dicha disciplina. Aun habiendo explicitado mi interés de hacerlo desde las teorías sociológicas de los movimientos sociales como principal marco teórico e interpretativo – a los fines de poner a prueba ciertas hipótesis sobre la transformación política identitaria de las organizaciones mapuche – la conclusión a la que se arribó en dicha oportunidad fue que el no dar cuenta de lo que la antropología tenía y

3 No menciono su nombre ni las circunstancias de este episodio, que podrían identificarla, por razones de ética profesional.

tiene para decir de este tipo de problemáticas – tanto a nivel teórico-metodológico como a nivel de contenido – podía implicar una grave omisión. Lógicamente no tenía intención de excluir dichos aportes, ya que su riqueza y particularidades eran muy beneficiosas y pertinentes para mi trabajo, pero el carácter de “obligatoriedad” de la sugerencia me resultó ciertamente inesperado.

Por otra parte, se presentaba la paradoja de tener que convencer *a propios y ajenos*, ya que un trabajo de investigación para una tesis doctoral en Ciencias Sociales llevado a cabo por una socióloga no podía circunscribirse a un trabajo etnográfico. Indefectiblemente tenía que lograr una síntesis que evidenciara análisis tanto de datos cualitativos como de datos *duros*, al tiempo que se constatará también la utilización de técnicas de investigación más *propias* de la sociología: entrevistas, análisis estadísticos, entre otros, además del trabajo de campo de tipo etnográfico. El corolario de dicha situación fue el haberme adentrado en un campo de conocimientos y prácticas nuevas para mí que indudablemente enriquecieron mi trabajo, sin dejar por ello de objetar la cuestionable obligatoriedad de abordar una problemática indígena desde el saber antropológico como condición de validez de mi trabajo.

Esta primera experiencia resultó ser para mí una primera evidencia de una disputa entre campos disciplinares que lejos de disminuir se mantiene vigente en muchas instancias, tanto de formación inicial como en los trabajos de investigadores ya formados. Evidenciándose en los *corpus* teóricos y hasta en las bibliografías citadas, las lecturas y abordajes que sociólogos y antropólogos realizan de un mismo recorte de lo social van por caminos paralelos que difícilmente se tocan en algún punto. La “necesidad” de no omitir nada significativo en mi investigación – que me llevó a incursionar en aguas ajenas a mi disciplina – me permitió conocer y tomar conciencia de esta recurrente situación, que lejos de ser inocente e inocua, trae consecuencias para el desarrollo del conocimiento científico. Ya lo señalaba tempranamente Bourdieu cuando destacaba la necesidad de tener presente que existen fronteras disciplinarias que dividen artificialmente campos temáticos unificados en la práctica: “*A question essential to the understanding of scientific production is that of the practical limits of these fields which are cut up along disciplinary boundaries and national traditions.*” (1987: 84). Lo cual lo lleva a abogar por la necesidad de una suerte de “ciencia total” que construya “hechos sociales totales”, a fin de superar las “...cisuras mutiladoras de las disciplinas permita preservar la unidad fundamental de la práctica humana...” (Wacquant, 2005: 57-58). Paradojas de una compartimentación artificiosa que empobrece la comprensión y el saber.

DE CÓMO DEJARSE ATRAVESAR POR LA EXPERIENCIA DE CONOCER: EL TRABAJO DE CAMPO

Posteriormente y con las inquietudes propias de una novata, me adentré en la organización de lo que sería mi primer trabajo de campo para esta investigación. Con algunas ideas vagas acerca de lo que implicaba esta actividad comencé a planear tiempos, espacios, contactos y tópicos. Tenía agendados algunos teléfonos y mails de referentes así que comencé a contactarme con ellos desde Buenos Aires. Las respuestas fueron muy pobres – a muchos directamente no los pude ubicar – y el tiempo de viajar se acercaba, por lo que decidí seguir adelante y ver qué pasaba estando *allá*.

Como señalé anteriormente, mi investigación se planteó desde un inicio como un híbrido entre elementos teóricos y metodológicos de la sociología y la antropología, por lo que no tenía previsto ceñirme a los cánones del trabajo de campo antropológico – lugares exóticos, estadía prologada y largo contacto con los referentes empíricos, como señala Clifford (1999) que constituye tradicionalmente el modelo a seguir – en forma estricta. En su lugar esperaba ciertamente atravesar la experiencia del viaje a un lugar lejano – de casi 2.000 kilómetros – pero no permanecería allí demasiado tiempo, ya que el objetivo era realizar un *campo de tipo exploratorio* de aproximadamente 10 días, y tampoco esperaba tener largo contacto con mis referentes e informantes. Simplemente quería conocer la mayor cantidad y diversidad de experiencias de organización mapuche posibles para poder encontrar elementos de interés y análisis que guiaran mis subsiguientes viajes (y de paso fueran confirmando mis ideas y prenociones iniciales).

De todas formas esperaba que mi viaje tuviera una impronta antropológica – sin saber bien que era – ya que esa era “la mejor forma” de encarar el trabajo de recolección de datos para una investigación centrada en un pueblo indígena. Como señala Krotz, el viaje antropológico tiene una clara finalidad, “...a través de él se quiere conocer un determinado aspecto de la realidad sociocultural, una problemática, un sector poblacional, los habitantes de una región, un grupo social, una cultura...” (1991: 54) y ese era precisamente mi interés, por lo que ya estando allí lo primero que intenté hacer fue entrar en contacto con quienes había definido como mi objeto de estudio.

Llamados, mails y visitas a lugares donde creía que podía dar con algunos de los sujetos que pretendía contactar se sucedieron en los dos primeros días, mas no lograba concertar encuentros – con todos quedábamos en volver a hablar y luego ver *qué se podía hacer*, como dice Guber, “gestos de desconfianza y postergación de encuentros” (2001: 52) – y los días pasaban, mientras la ansiedad se volvía temor al fracaso del viaje o peor aún, temor a ser yo la causa de estos fallidos encuentros que nunca se concretaban. Con el tiempo pude

darme cuenta – reflexionando precisamente sobre la violencia simbólica que significa que una persona ajena a tu entorno y a tu mundo de vida se presente un día en tu propio territorio preguntarte *cómo es ser mapuche hoy en día...* – que la desconfianza y el temor que me profesaban, y que se traducían en una actitud esquiva y hasta de fastidio por parte de ellos, estaban más que justificados. Ya me enteraría luego que habían tenido muchas experiencias negativas con “estudiantes”, como ellos llamaban a todos los investigadores jóvenes por igual, que iban y venían llevándose relatos de experiencias, historias de vida y de las luchas, sin volver jamás ni mostrar más que un interés utilitarista hacia quienes les abrían puertas y corazones. Sin embargo, como señala Guber, “...el investigador no alcanza a dilucidar el sentido de las respuestas que recibe ni las reacciones que despierta su presencia; se siente incomprendido, que molesta...” (2001: 51) y creo que efectivamente, el investigador molesta. Su presencia no fue buscada, ni esperada, además de indagar y mostrarse sediento de información, cuando en un principio quienes deben proporcionarla no tienen elementos objetivos para confiar en él.

Estaba inmersa en mi propia desesperación cuando mi compañero de viaje – un miembro del equipo de investigación al que pertenezco – me dijo que había visto un negocio en la ciudad de Bariloche que se decía una Cooperativa Mapuche, un lugar en pleno circuito turístico donde vendían tejidos realizados por pobladores mapuche. Obviamente lo descarté de plano, yo no estaba buscando ese “tipo” de mapuche, de los que viven en pleno centro y venden sus producciones a los turistas en dólares (cuanto prejuicio!). Así y todo terminé aceptando que era mejor ir a allí a quedarme cruzada de brazos...y para mi sorpresa el encuentro resultó la llave que me permitió encarar el resto de ese primer trabajo de campo en el Sur.

Resumiendo, la charla con la señora que allí se encontraba y su marido, que resultó ser un referente histórico del CAI⁴, iba a ser muy esclarecedora con respecto a los distintos grupos organizados que había en la zona. De ese diálogo salió la sugerencia de visitar la *Ruca Mapuche*, un lugar de encuentro comunitario que podía ser de mi interés, según entendió mi informante de la cooperativa. Al llegar a este lugar, distante unas 20 cuadras del centro, pero en una zona algo alejada y escondida de los circuitos clásicos de la ciudad, tuve la primera

4 El C.A.I. (Consejo Asesor Indígena) es una organización mapuche de la provincia de Río Negro fundada aproximadamente hace 30 años. Es una organización de base y referente de las comunidades rurales del oeste de la provincia. Ha mantenido a lo largo de los años de su existencia un discurso de autonomía y reconocimiento de derechos, que en las últimas décadas ha reforzado con prácticas de recuperación territorial. (Entrevista a Chacho Liempe, dirigente del CAI, 2006).

sensación de “¿Qué estoy haciendo acá?” de este viaje iniciático. Tuvimos que poner – y en esto mi acompañante fue clave – mucha energía y voluntad para que los miembros de esta agrupación aceptaran más no sea charlar un rato con nosotros. Sin embargo, tras varias visitas, mates, charlas sobre temas en común, la cosa se fue ablandando y el resultado más inesperado llegó: uno de los jóvenes que estaba allí se ofreció a oficiarse de acompañante y guía para que conociéramos a “las personas indicadas”, según él, si queríamos realmente entender la problemática mapuche por esos parajes.

Sólo al terminar el viaje, en la tranquilidad de mi casa, pude darme cuenta de que esa decisión de ir al negocio de artesanías había cambiado el curso del mismo, ya que a través de mi joven informante de la *Ruca* pude acceder a familias y comunidades mapuche que evidentemente sólo me recibieron porque iba con él. En ese momento no lo sabía, pero las vicisitudes de un trabajo de campo raramente coinciden con lo que habíamos proyectado en un principio.

De este modo se abrieron nuevas oportunidades de conocer y aprender que evidenciaron que el tiempo proyectado para mi viaje era demasiado corto. Justo cuando las cosas comenzaban a tomar forma, cuando una visita llevaba a otra y cada vez conocíamos más experiencias valiosas e interesantes, debíamos volver. Evidentemente la permanencia prolongada en un espacio o lugar – construido como tal desde el recorte y definición que uno haga del campo – es una condición importante para el verdadero conocimiento del objeto de estudio, pero los condicionamientos externos, tanto presupuestarios como de otro orden (por ejemplo los compromisos que debíamos mi compañero y yo afrontar en Buenos Aires), impedían una estancia más prolongada. Nuevamente el ideal se ve reducido a lo posible, y aunque, como ya he mencionado, en ningún momento pensé que mi trabajo de campo tuviera que seguir estrictamente las pautas del trabajo de campo antropológico – con sus parámetros de duración, por ejemplo – sí me cuestioné la validez de mis datos por la poca posibilidad que tenía de permanecer en el lugar para ponerlos a prueba y confrontarlos con otras situaciones.

Esto me sigue evidenciando que mi investigación se halla ubicada siempre en un espacio híbrido entre disciplinas, siguiendo por momentos pautas de los métodos propios o más afectos a la sociología, como la utilización preponderante de datos provenientes de las entrevistas, y por momentos hallarme ante la necesidad de poner el acento en el enfoque etnográfico – entendido como la comprensión de los datos desde la perspectiva de los actores (Guber, 2001) – lo cual es también un elemento constitutivo de mi planteo de investigación, la perspectiva del actor (Guber, 1991). Asimismo suelo utilizar la descripción etnográfica para contextualizar las entrevistas y análisis de datos estadísticos, siempre bajo la idea de que la

perspectiva sociológica y antropológica se pueden complementar, enriqueciéndose y potenciando su capacidad explicativa.

Uno de los aspectos que no se me había ocurrido considerar antes del viaje de campo fue mi condición de género, que como señala Clifford (1999) históricamente no fue un elemento a tener en cuenta en el proceso de investigación. El único reparo al respecto había proveniendo de mi directora que había sugerido la presencia de un compañero en el campo “por cualquier cosa, por seguridad”. Obviamente tomé de buen agrado la sugerencia, y debo decir que mi acompañante fue de mucha ayuda tanto en los aspectos prácticos de la organización del trabajo, como en algunas instancias del encuentro mismo con mis informantes (donde por su capacidad discursiva y su empatía con los pobladores rurales, siempre le resultaba más fácil que a mí encarar las primeras charlas). Sin embargo debo reconocer que la cuestión de género influyó en el trabajo, dado que muchos de los informantes hombres le hacían ciertas confidencias o se “confesaban” con mi compañero, sólo cuando se encontraban solos. Del mismo modo esto se manifestó cuando una pobladora mapuche se mostró alarmada porque uno de los jóvenes se había adentrado en el campo charlando conmigo, en una zona bastante solitaria (pero sin alejarnos más de trescientos metros de donde ella se encontraba). Esto era “peligroso” y así se lo hizo saber a mi compañero que estaba en ese momento con ella. Supongo que es inevitable, como dice Guber, que se considere que una mujer está más expuesta al “asedio sexual” que un hombre, y esto se evidencia aun más en comunidades rurales, que suelen tener una postura más “machista” que la de la sociedad urbana con respecto de los roles previstos para la mujer. De hecho ocurrió infinidad de veces que en las entrevistas los hombres se dirigían a mi compañero y no a mí, aunque era yo quien formulaba las preguntas. Y debo también confesar, como contrapartida, que mi condición de género facilitaba el diálogo con algunas mujeres, más calladas y reservadas en público, cuando entablaban conmigo un diálogo más privado. En ciertos casos “...una investigadora puede ser más tolerada, menos temida que un investigador...” apunta intuitivamente Guber (2001:113).

El trabajo de campo posee, según Krotz (1991), tres acepciones, siendo todas ellas aplicables a lo que yo entendí por el mismo en ese primer momento de mi investigación. Tanto si se considera trabajo de campo a una instancia de investigación en un entorno distinto al cotidiano, como si se lo piensa como una forma – técnica – de recolectar datos o bien se le confiere la especificidad de ser una manera de construir los datos a partir de la permanencia en un ambiente cultural distinto al propio, considero que un poco de todo ello ocurrió en aquella primera experiencia. Y sobre todo resulta claramente constatable la última dimensión que propone el autor, porque el trabajo de campo genera, en su propio devenir, situaciones

que ponen a prueba y reestructuran nuestras concepciones previas e hipótesis. En mi caso fui al primer campo con muy pocas certezas, por lo que no sentí un gran quiebre respecto de mis “seguridades previas”, pero sí advertí que la forma en que se fue planteando el encuentro con cada informante y cómo se fueron concatenando situaciones y personas nunca estuvo realmente bajo control de mi parte. Preferí dejar que fluyera, ya que esa era la idea en esta primera experiencia, y así fue. Lo que hoy en día pienso, a partir de los resultados obtenidos, es que de haberlo planeado al detalle, no hubiera podido salir mejor de lo que fue. De allí que una de mis certezas actuales es que *el campo* es una instancia donde se pone en juego lo que uno trae – método, teoría, preconcepciones e hipótesis – y lo que los propios sujetos objetivados traen también – su particular y propia visión del mundo y de aquello que se pretende comprender –, y que la resultante de esto, es decir, la forma en que se vincularán estos elementos y los aportes que se obtendrán, es algo incierto e indefectiblemente valioso en sí mismo.

LA SUBJETIVIDAD Y LA EMOCIÓN EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL: RELATO DE UNA EXPERIENCIA.

Un hecho menor ocurrido en este iniciático viaje de campo me marcó profundamente, al punto de volver a evocarlo íntimamente cuando se me han vuelto a presentar ocasiones de extrañamiento y pesadumbre en posteriores experiencias en el trabajo de investigación. Me hallaba en los últimos días de permanencia en el Sur cuando mi informante clave, a esta altura un compañero de ruta invaluable, nos propone visitar el paraje Santa Rosa de Leleque, en Chubut, donde estaba teniendo lugar una recuperación territorial⁵ que llevaba varios meses de resistencia. El caso había sido muy resonante: “Los mapuche contra Benetton” titularon algunos medios, y obviamente constituía una oportunidad muy interesante charlar con estos pobladores.

La propuesta comenzó a la manera que nuestro guía acostumbrara, en forma vaga y sugerente: *Si quieren entrevistar a Don Atilio vamos yendo ahora temprano, así pasamos la noche allá y hacen la entrevista mañana, de madrugada*. Era evidente que no se percataba que ir a dormir al rancho de una familia mapuche, sin invitación y en el medio *de la nada* no significaba ningún problema para él, y claro está, tampoco debería serlo para nosotros! Porque, nos aclaró a continuación, *Don Atilio sólo habla de “esas cosas” a la madrugada*,

5 La recuperación mencionada es la segunda que esta comunidad lleva a cabo, siendo la primera, acaecida durante 2002, finalizada por una orden judicial de desalojo y posteriores juicios (en lo civil y penal). En la actualidad la Comunidad Curiñanco-Nahuelquir sigue resistiendo desde su territorio (Entrevista Atilio Curiñanco, 2007).

cuando hay tranquilidad y se puede hablar. Si queríamos charlar con él de temas profundos – eso parecía indicar la referencia a *esas cosas* – tenía que ser en el poco habitual horario de la madrugada, según decía conocer nuestro informante a Don Atilio, el referente de la familia Curiñanco-Nahuelquir, porque sólo en ese momento este aceptaba charlar.

Mi primera reacción fue negarme, pero era una oportunidad única y además no tenía excusas creíbles para hacerlo. No quería demostrar la aprehensión que me significaba la situación, dado que no era esa la postura que venía manteniendo en el viaje. Tenía que estar preparada! Pero internamente pergeñaba formas de zafar y propuestas alternativas: dormir en el pueblo e ir hacia allí luego... proponerles a Don Atilio otro horario... pero me pareció que todas eran excusas que evidenciarían mi negativa a pasar la noche en un entorno desconocido y lejano, y por ende, no eran aceptables.

Es que Santa Rosa de Leleque no es cualquier lugar. Ni bien se llega se comprende el alcance del término desierto que otrora designara a los ignotos territorios patagónicos... desierto en sentido real y metafórico si se quiere, nadie ni nada alrededor, y la sensación de desprotección – para mí – como sentimiento omnipresente. Llegar no fue difícil, ya que la casita estaba a la vera de la ruta, fácilmente ubicable. Pero eso no me hacía sentir mejor. En todo el trayecto desde que saliéramos de El Bolsón, la pequeña ciudad rionegrina donde habíamos pasado la noche anterior, distante 80 km. aproximadamente, no habíamos visto prácticamente casas ni gente. Si me guio por las anotaciones de mi cuaderno de campo, prevalecía con nitidez la imagen de un paisaje libre de construcciones humanas solamente bifurcado por una infinita franja asfáltica. Pequeños cerros en las cercanías, escasa vegetación y la visión de la Cordillera a la distancia completaban la escena. Belleza casi sobrenatural, aunque en ese momento no estaba de ánimos para apreciarla.

Sin embargo, cuando hoy día re veo las fotografías que tomé me percaté de que ni el lugar era tan aislado (postes de luz, carreteras, algunas construcciones se podían alcanzar a ver muy a la distancia) ni el panorama tan desolador como el relato de mis notas de campo dejan entrever. Evidentemente mis sentidos podían y debían estar percibiendo algo distinto a lo “real”. Pero, ¿qué era lo real estando allí en ese momento? Acaso lo que vi y capté – y afortunadamente registré mediante la escritura – o lo que luego puedo reconstruir mirando fotografías desde mi cómodo sillón de escritorio, a casi cinco años de ese momento? Ambos registros, creo yo, tienen su valor y relevancia, pero ¿cómo elegir cuál incorporar o cuál hacer prevalecer en el relato de mi investigación? Además hoy me pregunto qué elementos de mi emocionalidad de ese momento pudieron traslucirse en la entrevista y en toda la situación de encuentro y cuánto pudo haber influido.

Como señala Guber, “Temor, ansiedad, vergüenza, atracción, amor, seducción caben en una categoría sistemáticamente negada por la metodología de investigación social: la emoción, contracara subjetiva, privada e íntima de la ‘persona’ (...) Según la lógica académica, para la cual la razón es el principal vehículo y mecanismo elaborador de conocimiento, la pasión, los instintos corporales y la fe ‘no tienen razón de ser’”. (2001: 109). Reflexionar sobre este punto me permite dar cuenta de los elementos subjetivos puestos en juego en ese momento. Evidentemente mis notas de campo reflejan que magnifiqué la sensación de desolación, vacío y soledad que sentía, y esto se debe a que para mí pasar la noche en ese lugar representaba un elemento de inseguridad – probablemente infundada – muy grande que me inducía a un sentimiento de desamparo. Como dice Wright, “sentí la lejanía como sensación tangible.” (1998: 5), y eso se reflejó en mi registro de los hechos.

Si bien como dice Cabrera (2010) uno concibe el trabajo de campo como un momento solitario, aun estando acompañado, una cosa es sentirse sólo y otra es “padecerlo”. Que la sensación de soledad se vuelva tristeza o ganas de huir, tal como relata Wright (1998) que le sucedió en uno de sus primeros viajes de campo, se transforma en una experiencia negativa que lleva a hacernos cuestionamientos acerca de nuestra profesionalidad e idoneidad. Sin embargo es mucho menos frecuente cuestionar el lugar que estos sentimientos generados en instancias de trabajo de campo ocupan en el marco de los resultados de la investigación. Es decir, en principio, allí no hay lugar para ellos, salvo como anécdota o comentario introductorio. Las emociones, por definición, no forman parte del saber científico.

Esta afirmación, que pocos se hubieran visto tentados de discutir hace apenas unas décadas, ha sido problematizada en los últimos años a partir de cuestionar, en forma integral, el lugar que el cuerpo y las emociones ocupan en la investigación social. Ambos aspectos, aun siendo constitutivos del hombre, han sido invisibilizados en forma permanente en lo que refiere a su influencia en el saber científico. La fundante distinción de Descartes (Crossley, 1995) ha mantenido su influencia a lo largo de los siglos, determinando que aun hoy se consideren cuerpo y mente como dos dimensiones opuestas y estancas, cuya inherente jerarquía sigue determinando el preponderante interés de las ciencias sociales por la segunda y la casi total indolencia hacia la primera, concebida como un elemento de carácter residual para el análisis.

Como señala Crossley (1995) esto ya ha sido cuestionado desde la sociología – desde Foucault hasta Coulter –, por lo que a pesar del peso de la herencia cartesiana, se han abiertos importantes brechas desde donde indagar la aparente falta de relevancia del cuerpo para conocer el mundo. Y en este contexto, me interesa destacar el lugar que ocupa la reflexión

sobre las emociones y su influencia en el saber científico. Si se considerara que las mismas provienen y se explican desde el campo de la biología, es decir, que poseen un carácter netamente corporal, no tendría sentido reflexionar sobre ellas desde el campo social, ya que, como dice Leavitt sería "...fundamentalmente interiores y privadas..." (1996: 2), probablemente objeto de interés específico de la biología o la psicología. Como postula Lutz (1986) las emociones han sido históricamente concebidas como la antítesis de lo racional, y siendo la razón el valor supremo para el saber occidental, puede considerarse que las mismas se han vuelto sinónimo de irracionalidad, y por lo tanto, carentes de todo valor para las ciencias sociales. Sin embargo esto también viene siendo discutido al interior de las mismas, dado que al decir de Leavitt, las emociones constituyen un caso particular y difícil de catalogar, "...que inherentemente involucran significado y sensación, mente y cuerpo, cultura y biología." (1996: 3). Habría entonces aspectos culturales que podrían estar evidenciándose a través de las emociones.

De este modo, y como señala Crossley (1995), si el cuerpo es nuestro modo de ser-en-el-mundo, es decir, nuestro *punto de vista del mundo*, todo aquello que le suceda, lo que experimenta y siente, son aspectos que indefectiblemente influyen en nuestras pensamientos, aun cuando se trate de reflexiones "científicas". Las emociones, con su doble anclaje biológico y social, pueden permear algo aparentemente objetivo y racional como puede ser una observación o una entrevista en el campo. Más allá del esfuerzo consciente que el investigador haga para evitar traslucir sus emociones y para mantenerlas fuera del ámbito investigativo, estas suelen estar presentes, en mayor o menor medida, y sobre todo cuando el trabajo que uno realiza compromete al cuerpo, lo incluye, lo interpela, obligándolo, por ejemplo, a trasladarse por varios días a un ámbito ajeno a su cotidianeidad o a permanecer en determinados lugares en situaciones de incomodidad, como ocurre muchas veces en el caso del trabajo de campo antropológico.

La historia con Don Atilio no estaría completa si no dijera que como resultado de ese encuentro trasnochado resultó una de las más emotivas entrevistas realizadas en ese viaje, y aun en los posteriores. El hecho de haber transitado las horas previas en el marco de un imponente silencio, el haber vivenciado y sentido en el cuerpo el aislamiento y la soledad de esos pobladores me permitieron también comprender en la verdadera magnitud sus palabras. Y así cuando hablaban de lo que representaba pasar el invierno allí, por ejemplo, pude sentir que me acercaba un poco más a la perspectiva nativa, a su visión de esos hechos. Pero lo sentí porque estuve allí con ellos, compartiendo sus mismas condiciones de vida, transcurriendo las horas en ese lugar lejano, inhóspito y bello a la vez. Y si aun quedaran dudas acerca de la

influencia de mis emociones en el desarrollo de este encuentro y de la entrevista, basta con imaginarse lo que hubiese pasado si el encuentro se hubiera realizado en otro ámbito o sin mediar los momentos previos que habíamos compartido. Hoy tengo la certeza de que la profundidad y emotividad de las palabras del sabio poblador mapuche no hubieran sido interpretadas por mí del mismo modo si no hubiera estado yo allí, en ese momento, en esas circunstancias, y obviamente, con mis propias emociones.

REFLEXIVIDAD Y CIENCIAS SOCIALES: “DIME DESDE DÓNDE PIENSAS...”

La pretensión de objetividad y neutralidad de la ciencia moderna/occidental ha sido uno de sus baluartes a lo largo de su historia. En ese marco los aspectos definidos como subjetivos – las emociones, intuiciones, juicios de valor, entre otros – han sido sistemáticamente excluidos, omitidos y silenciado. Sin embargo la ciencia moderna no es más que una construcción social que tiene la peculiaridad de haberse autodefinido históricamente como la única forma válida de conocer el mundo. De este modo, su propia deconstrucción, en los términos de los estudios postcoloniales o decoloniales⁶, es necesaria para poder plantearse estos aspectos referentes al lugar desde donde se enuncia el saber y la forma en que conocemos, como científicos sociales que somos (Lander, 2003).

En este contexto, la mencionada ruptura ontológica cartesiana no es más que una, la primera, de las tantas escisiones que fundan la racionalidad – y la ciencia – moderna. En palabras de Castro-Gómez “Conceptos binarios tales como barbarie y civilización, tradición y modernidad, comunidad y sociedad, mito y ciencia, infancia y madurez, solidaridad orgánica y solidaridad mecánica, pobreza y desarrollo, entre otros muchos, han permeado por completo los modelos analíticos de las ciencias sociales.” (2003: 154). Dicotomías *jerarquizantes* que exponen las diferencias en términos valorativos, generalmente presentadas como hitos que forman parte de una continuidad temporal donde lo desarrollado y acabado – representado por el mundo occidental, civilizado y moderno – se hallan al final del camino, y en las instancias intermedias, propias de las sociedades eufemísticamente denominadas “en vías de desarrollo”, se encuentra lo inacabado, lo arcaico o marginal, como atributos inherentes que designan un orden de las cosas intrínsecamente desigual y atravesado por relaciones coloniales de dominación. Esta característica de *sistema mundo/moderno colonial* (Mignolo, 2003) es

6 Ambos calificativos se utilizan indistintamente para designar a un grupo de intelectuales y sus postulados, reconocidos también como el grupo de *estudios críticos de la colonialidad del saber*. Algunos de sus principales exponentes son: Aníbal Quijano, Enrique Dussel, Arturo Escobar, Walter Mignolo, Fernando Coronil, entre otros. (Lander, 2003).

conceptualizada por de Sousa Santos (2006) como *razón proleptica*, es decir, un aspecto de la razón moderna que implicaría que todas las sociedades se encaminan hacia un punto de llegada predeterminado y semejante para todas, siendo las sociedades desarrolladas occidentales el patrón para comparar el grado de desarrollo de las otras forma sociales, léase, la forma de determinar cuánto *les falta* para acercarse a ellas.

En este contexto, la temprana separación de cuerpo y mente crea un ordenamiento sobre el cual se funda el conocimiento certero y válido, en detrimento de cualquier otra forma de acercamiento o aprehensión de la realidad social. Desde la óptica del pensamiento decolonial, a lo largo de los siglos esto ha implicado la naturalización de la concepción de la ciencia (moderna-occidental) como un lugar de conocimiento neutral y desinteresado, exento de valores e intereses parciales, y superior a cualquier otra forma de explicación de cualquier fenómeno social o natural. Lander señala que “...solo sobre la base de estas separaciones – base de un conocimiento *descorporeizado* y *descontextualizado* – es concebible ese tipo muy particular de conocimiento que pretende ser des-subjetivado (esto es objetivo) y universal.” (2003: 15. El destacado en el original). Sin embargo, lejos de responder a una impoluta objetividad, las ciencias sociales han sido uno de los pilares a partir de los cuales se funda el ordenamiento social de la modernidad, ya que como señala Castro-Gómez, “El nacimiento de las ciencias sociales no es un fenómeno *aditivo* a los marcos de organización política definidos por el Estado-nación, sino *constitutivos* de los mismos.” (2003: 147. El destacado en el original). Por ende, la pretensión de objetividad de las ciencias – esto es, en términos decoloniales, el desconocimiento de sus condiciones de origen y existencia – es claramente una postura ideológica (Castro-Gómez, 2003).

Entre las múltiples implicancias de esta operación de enmascaramiento del carácter no-neutral de las ciencias, quiero destacar la que se refiere a la desestimación de cualquier otra forma de conocimiento considerado, eurocéntricamente, como no-científico. Señala Lander en este sentido que las ciencias sociales se fundan sobre la base de una cosmovisión moderna que implica, entre otros aspectos⁷, la determinación de “...la necesaria superioridad de los saberes que produce esa sociedad (‘ciencia’) sobre todo otro saber.” (2003: 22). Al constituirse de este modo, la ciencia y sus agentes, los científicos, se ubican en el lugar de la única voz autorizada para generar e impartir conocimiento, razón por la cual, entre otras

⁷ Lander (2003) menciona además otros tres aspectos, todos vinculados íntimamente entre sí. A saber: una visión del devenir histórico asociado a la idea de progreso y linealidad: la naturalización de las relaciones sociales en el marco de la sociedad capitalista; y la ontologización de las múltiples escisiones de la sociedad que mencionara anteriormente.

cosas, se obturaría la posibilidad de una reflexión acerca de las condiciones de producción de este conocimiento, en este caso, de la tan mentada reflexividad de las ciencias sociales.

Señala Guber (2001) que a partir de los años '80 la antropología ha desarrollado el concepto de reflexividad para dar cuenta, precisamente, de las condiciones personales, sociales y políticas en el marco de las cuales el investigador realiza su trabajo. En este sentido menciona aspectos como la edad, el género o la filiación política, entre otros, que pasarían a ser considerados, a partir de esta nueva perspectiva acerca de la forma en que se produce el saber científico, como relevantes en la relación que establece el científico social con su objeto de estudio. A estos elementos se suman, dice la autora siguiendo a Bourdieu⁸ otras dos dimensiones: la posición del investigador en el campo científico al que pertenece, que determina, por ejemplo, su autonomía en la práctica de investigación, y lo que se ha dado a llamar “epistemocentrismo”, una postura acrítica respecto del carácter construido de la teoría que permite abordar un determinado aspecto problemático de la realidad (construido como tal).

Toda esta disquisición acerca de la necesidad de mantener una postura reflexiva respecto de la propia práctica de investigación apunta a evidenciar el carácter construido, parcial, inacabado, y en algunos casos tendencioso, del conocimiento científico. Como afirma Mignolo, “...el conocimiento siempre tiene una ubicación geohistórica y geopolítica...” (2007: 66), y esto lleva a condicionar, alguna vez menos otras más, el contenido de este saber y su propia significación. Como apunta Wright “...dime desde donde piensas, y a qué comunidad “racial”, “sexual” y/o “religiosa” perteneces, y te diré qué alcance tiene tu pensamiento.” (1998: 12). Ignorar esto denota o bien, una sospechosa ingenuidad, o bien, una conveniente complicidad con los procesos de dominación que describe el paradigma de la colonialidad del saber.

Para ir concluyendo quisiera destacar dos de las principales consecuencias de este proceso que vengo describiendo. En primer lugar, el hecho de que la autodesignada superioridad de la ciencia moderna/occidental produce lo que de Sousa Santos (2006) denomina una *monocultura del saber y del rigor*⁹, esto es, la idea de que el único

8 Bourdieu, Pierre (2005), citado en la bibliografía.

9 De Sousa Santos plantea este concepto en el marco de la crítica a la racionalidad moderna, postulando que la *monocultura del saber y del rigor*, junto con otras cuatro formas de monocultura, conforman lo que ha dado a llamar una *Sociología de las Ausencias*, que implica una perspectiva que deconstruye el carácter hegemónico de la ciencia moderna y los mecanismos creados para invisibilizar sujetos y prácticas. (Santos, 2006).

conocimiento válido y riguroso del mundo lo provee la ciencia. Esto claramente implica la invalidación de otras formas de conocer – o la reducción de su estatus a meras prácticas tradicionales o alternativas, de carácter *folklórico*, cuando no son directamente sustraídas a sus primitivos poseedores y apropiadas – y en consecuencia, de los sujetos que la enuncian, generando, en los términos del autor, un “epistemicidio”. De este modo, cuando nos preguntamos acerca de la aparente incapacidad o falta de inclinación de los científicos sociales hacia una postura crítica sobre sus supuestos epistemológicos, sus metodologías de investigación o sus formas de enunciación y escritura, estamos focalizando en un tema sensible y constitutivo de la propia ciencia: su forma de validación. La pretendida objetividad y superioridad científica por sobre cualquier otra forma de abordar el conocimiento son, en definitiva, el lugar y la forma en que la ciencia moderna/occidental fundamenta su aporte. En otras palabras podría resumirse diciendo que *en última instancia, lo que la ciencia dice es válido porque ella lo dice*. De este modo la ciencia apela a su propia autoridad – producida a partir de la negación de la existencia de otras formas válidas de dar cuenta de la realidad y de la exaltación de los principios de objetividad y neutralidad científicas – para validar la información/conocimiento que genera.

La segunda consecuencia mencionada, vinculada con la primera, tiene que ver con la constatación de la necesidad de introducir la reflexividad en la práctica de investigación social, que viene dada por el reconocimiento de la influencia de todos estos aspectos mencionados – la subjetividad del investigador y su *locus* de enunciación – en su *métier*. Lo acepte o no, el científico social no enuncia desde un no-lugar, desde un limbo aséptico y neutral, ya que su sola ubicación espacio temporal y la existencia de su corporeidad lo hacen un *ser situado*. Su situación – entiéndase, su *carácter situado* – lo condicionan, aun cuando se crea portador de una capacidad superior de substraerse a sus condiciones de existencia. Problematizar estos aspectos de la investigación social no es más que poner en evidencia una situación que de por sí está presente en la cotidianeidad de la práctica investigativa, sólo que al pensar acerca de ellos se contribuye a la dilucidación de su influencia.

* * *

Teniendo en cuenta los distintos tópicos que he desarrollado a lo largo de este trabajo – la disputa de campos disciplinares, la experiencia de trabajo de campo, la problematización del *locus* de enunciación de la ciencia y de la relación sujeto-objeto de la investigación – la cuestión que sobrevuela el texto en forma permanente es la relevancia de la reflexividad en la

investigación social. En este sentido considero, en primer lugar, que la misma enriquece el proceso y el resultado de la investigación, y que asumiendo la influencia de los aspectos personales, sociales, políticos y culturales que hacen a la persona del investigador, y cristalizándolas en los resultados, se puede arribar a mejores y más certeros resultados.

A modo de ejemplo, si se parte de la premisa de que el investigador construye el conocimiento en una relación dialéctica con su objeto de estudio, la interacción del mismo con su/s informante/s debe ser problematizada, ya que como señala Cardoso de Oliveira, "... el poder, subyacente a las relaciones humanas (...), va a desempeñar en la relación investigador/informante una función profundamente empobrecedora del acto cognitivo..." (2003: 6), razón por la cual es necesario que a partir de evidenciar esta situación seamos capaces de transformar este vínculo y considerar a quien cumple la función de informante como un "interlocutor" válido en el marco de nuestro trabajo. De este modo se posibilita el surgimiento de un diálogo enriquecedor que redundará en un mayor conocimiento de la realidad social que se intenta estudiar.

En última instancia, como dice de Sousa Santos, no estamos afirmando que la ciencia deba ser desacreditada o intentando plantear un *fundamentalismo esencialista anti-ciencia*, sino de hacer un uso *contrahegemónico de la ciencia hegemónica*, es decir, generar una *ecología de saberes* que implique dialogar con las formas otras de conocer el mundo...

O sea, la posibilidad de que la ciencia entre no como monocultura sino como parte de una ecología más amplia de saberes, donde el saber científico pueda dialogar con el saber laico, con el saber popular, con el saber de los indígenas, con el saber de las poblaciones urbanas marginales, con el saber campesino. (...) Vamos a partir de afirmar que lo importante no es ver cómo el conocimiento representa lo real, sino conocer lo que un determinado conocimiento produce en la realidad: la intervención en lo real. (2006: 26-27).

Desde mi punto de vista la reflexividad científica necesariamente debe implicar un resguardo que nos permita evadir las posturas etnocéntricas y epistemocéntricas, que no generan más que saberes parciales, infundados, empobrecidos y, en última instancia, enmascaradores de las relaciones de dominación que constituyen el mundo, tal como lo conocemos.

Para cerrar, cito a Bourdieu en un aporte que nos plantea la necesidad de ir aun más allá en la apuesta reflexiva...

Entonces experimenté de un modo particularmente punzante lo que estaba implícito en la pretensión de adoptar la postura del observador imparcial, ubicuo e invisible al mismo tiempo en tanto se disimula detrás de la impersonalidad absoluta de los procedimientos de investigación, capaz por ende de adoptar un punto de vista cuasidivino (..) Al objetivar la pretensión de posición regia que convierte a la sociología en un arma *en* las luchas internas al campo en lugar de un instrumento *de* conocimiento de tales luchas, y por ende del propio sujeto cognoscente que, no importa lo que haga, nunca deja de librarlas, me di a mí mismo los medios para reintroducir en el análisis la conciencia de las presuposiciones y prejuicios asociados con el punto de vista local y localizado de alguien que *construye el espacio de los puntos de vista*. (2005: 351. El destacado es mío.).

De este modo, en el marco de las luchas y resistencias sociales de la actualidad, y considerando la capacidad performativa que poseen las teorías sociales (Briones, 2007), ya no sólo es necesario cuestionarse desde *dónde* conocemos, sino también *para qué y para quién* generamos ese conocimiento... quiénes serán los sujetos que se apropien de los saberes y sobre todo, qué fines les darán... En este sentido, la responsabilidad de los investigadores sociales respecto de sus producciones – lo que se dice, lo que se calla, lo que se evidencia, lo que se destaca, lo que se invisibiliza – ha de ser, hoy en día y cada vez más, motivo de cuestionamiento y debate permanente.

BIBLIOGRAFÍA

- Boivin, Mauricio, Rosato, Ana y Arribas, Victoria (2004) *Constructores de otredad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural*. Buenos Aires: Ed. Antropofagia. Capítulo “Introducción”.
- Bourdieu, Pierre (1987) “Scientific Field and Scientific Thought”. *Comparative Study of Social Transformation*. CSST Working Paper, Ann Arbor, The University of Michigan.
- Bourdieu, Pierre (2005) “La práctica de la sociología reflexiva.” En Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Briones, Claudia (2007) “Teorías performativas de la identidad y performatividad de las teorías.” *Tabula Rasa, Revista de Humanidades*. Núm. 6. Colombia: Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.
- Cabrera, Paula (2010) “Volver a los caminos andados.” *Revista Nuevas Tendencias en Antropología*, Nro. 1.
- Cardoso de Oliveira, Roberto (2003) “El trabajo del antropólogo: mirar, escuchar, escribir.” Universidade Estadual de Campinas (UNICAMP), Brasil.
- Castro-Gómez, Santiago (2003) “Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la ‘invención del otro’.” En Lander, Edgardo (Comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Clifford, James (1999) *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Ed. Gedisa. Capítulo 3: Prácticas espaciales: el trabajo de campo, el viaje y la disciplina de la antropología.”
- Crossley, Nick (1995) “Merleau-Ponty the Elusive Body and the Carnal Sociology.” En *Body and Society*. Vol. 1, Núm. 1. London: Sage Publications. (Traducción de Ruth Felder y María Victoria Pita).
- Guber, Rosana (1991) *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo* Buenos Aires: Paidós.
- Guber, Rosana (2001) *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Krotz, Esteban (1991) “Viaje, trabajo de campo y conocimiento antropológico.” *Revista Alteridades*, Nro. 1 (1).
- Lander, Edgardo (2003) “Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos.” En Lander, Edgardo (Comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.

- Leavitt, John (1996) "Meaning and feeling in the Anthropology of emotions." *American Ethnologist*, Vol. 23: 3. (Traducción de Deborah Daich).
- Lutz, Catherine (1986) "Emotion, Thought and Estrangement: Emotion as a Cultural Category." *Cultural Anthropology*. Vol. 1, Issue 3. (Traducción de Carlos Argañaraz.)
- Mignolo, Walter (2003) "La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad." En Lander, Edgardo (Comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Mignolo, Walter (2007) *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona: Ed. Gedisa.
- Santos, Boaventura de Sousa (2006) *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social. Encuentros en Buenos Aires*. Buenos Aires: CLACSO.
- Saussure, Ferdinand de (1986) *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada.
- Wacquant, Loïc (2005) "Hacia una praxeología social: la estructura y la lógica de la sociología de Bourdieu." En Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Wright, Pablo (1998) "Cuerpos y espacios plurales. Sobre la razón espacial de la práctica etnográfica." *Serie Antropología*. Brasilia: Departamento de Antropología. Universidade de Brasilia.